

el honor militar y la severidad de las leyes de la guerra. Ni era posible que los ingleses se propusieran alcanzar algún fin político con semejante conducta, pues además del desprecio que inspiraba naturalmente la impotencia de que habían dado tan claros ejemplos en las aguas de Cronstadt y de Sveaborg, harto saben los habitantes el sensible contraste que presenta la dominación de los emperadores de Rusia con la de sus antiguos señores.

El territorio de que se componen en la actualidad Estonia, Livonia y Curlandia, conquistado y colonizado por los alemanes á principios del siglo décimotercero, fué por espacio de tres siglos el teatro de sangrientas luchas, y no pudiendo sostenerse contra el poderio siempre creciente de sus vecinos, acabó por dividirse, de manera que Estonia se entregó á Suecia, la isla de Oesel á Dinamarca, Livonia á los polacos, y Curlandia se constituyó en ducado hereditario bajo el dominio eminente de la misma Polonia. Livonia y Estonia, por espacio de veinte años la primera y treinta la segunda, fueron un campo de batalla donde se batieron los nuevos señores contra los rusos, y habiéndose ajustado por último los tratados de paz de Zapolsk y de Tensina en 1582-1595, Livonia tuvo que luchar otra vez contra las usurpaciones del gobierno polaco, poco escrupuloso en el cumplimiento de las capitulaciones concluidas con esta provincia, y contra las inicuas vejaciones de sus empleados. En 1600 estalló la guerra entre Polonia y Suecia; Carlos IX invadió la Livonia; siguió su ejemplo Gustavo Adolfo; y no se restableció la paz sino con la conquista de esta provincia en 1621 pero ¡qué paz! En 1656 los rusos asolaron otra vez el territorio de Livonia, sitiaron á Riga, y el gobierno sueco, impotente para defender á sus súbditos, se puso á perseguirlos. En 1681 Carlos XI, que tenía la hacienda en pésimo estado, concibió la idea de aplicar á Livonia y Estonia un acuerdo de la dieta de Estocolmo, aunque estas provincias no estaban representadas en ella, confiscando en beneficio del estado todos los fondos enagenados á título gratuito por los reyes de Suecia y de Polonia, y aun por los gobiernos locales que le habían precedido; resolución tanto más inicua cuanto que en aquella época todas las tierras eran fondos concedidos desde tiempo inmemorial á ciertos particulares á título hereditario, en recompensa de varios servicios prestados al estado, mayormente si se considera que el mismo Carlos XI había confirmado en 1678 las posesiones y los derechos de los propietarios. De aquí resultó que las cinco sextas partes de los bienes raíces de Livonia y una buena parte de las tierras de Estonia quedaron confiscadas, viéndose reducidos los propietarios á la mayor indigencia. Envióse á Suecia una diputación para implorar la justicia, ó siquiera la clemencia del rey, pero los individuos de que se componía aquella diputación fueron declarados reos de alta traición, condenados á muerte y echados en un calabozo, destruyéndose al propio tiempo la antigua organización de la nobleza propietaria y aboliéndose el consejo que la representaba.

Esta triste situación se fué conservando hasta que el ingenio de Pedro el Grande triunfó de todos los obstáculos y aceptó la sumisión voluntaria de Estonia y de Livonia. Lo primero que hizo aquel grande hombre fué restablecer el antiguo sistema representativo y prometer á los propietarios la restitución de las tierras confiscadas, promesa que cumplieron exactamente sus sucesores; pero no contento con esta medida, el gobierno ruso fué destruyendo paulatinamente las últimas cargas de que se quejaban los propietarios de bienes raíces, convirtiendo todos los fondos en bienes alodiales y conservando exactamente la organización política de las dos provincias y la de Curlandia, que cuando la caída de Polonia se entregó al imperio ruso para terminar la continua discordia de los duques con la nobleza. Las actas públicas y las antiguas leyes y costumbres en que se funda el derecho provincial fueron reducidas á código por orden del emperador Nicolás, y por este medio recibieron una nueva sanción: el gobierno ruso restableció la paz; el comercio y la agricultura

se pusieron en estado floreciente; en vez de las quinientas embarcaciones que á fines del siglo décimoséptimo entraban anualmente en el puerto de Riga, comenzaron á entrar cerca de mil; duplicóse en breve tiempo la población, triplicáronse y aun se cuadruplicaron las cosechas, y la creación de los bancos hipotecarios aumentó muy mucho los recursos del país. En la actualidad la industria fabril, que era tan desconocida en las provincias bálticas antes de su reunión á Rusia, posee en ellas un gran número de establecimientos.

Alejandro I restableció y dotó generosamente la universidad de Dorpat, que desde entonces pasó á ser un foco de luz para las provincias y se hizo muy útil al resto del imperio, suministrando muchos y buenos empleados públicos, médicos y hombres eminentes en todos los ramos del saber. Los campesinos letas y estonios, que sólo habían podido aprovechar indirectamente la prosperidad del país, fueron también objeto de la solicitud del gobierno; la nobleza de las tres provincias, accediendo á los deseos que había formulado el mismo emperador, renunció los derechos que ejercía sobre ellos, y de esta suerte los vasallos sustrayéndose á la gleba, se vieron arrendatarios ó jornaleros y aun adquirieron el derecho de poseer bienes raíces, siendo ésta la razón que los induce á considerar al gobierno imperial de San Petersburgo como un verdadero protector. En suma los rusos han hecho en aquellas provincias lo mismo que en las restantes del imperio, y esta es la causa de la compacta homogeneidad que se observa en la decisión, en el entusiasmo y en las miras de los habitantes de sus inmensos dominios.

No se contraían sin embargo los ingleses á apresar y destruir los buques finlandeses y neutrales que infringían las leyes del bloqueo, pues para satisfacer su miserable codicia empleaban la delación y la corrupción, ofreciendo dinero á los habitantes pobres de la costa del mar y de las islas del golfo de Finlandia, no dudando que esos infelices pescadores conocían todos los canalizos y riachuelos donde había embarcaciones desmontadas, les mostraban algunas monedas para que les ayudasen á consumir unas hazañas tan fáciles y tan indignas de una nación civilizada: de esta suerte los poderosos buques de la Gran Bretaña arrancaban de los canalizos ó pantanos desiertos las miserables lanchas y barcos pescadores que los pobres é inofensivos habitantes tenían apartadas desde que se ejercía el bloqueo con cierta especie de furor en las costas de Rusia. Así es como la corbeta titulada *Desperate*, de ocho cañones, se apoderó en 6 de octubre del yate denominado la *Fortuna*, á cuyo bordo no había mercancías ni marineros y que estaba retirado detrás del arrecife de Domesnaes; y así es como la misma corbeta arrancó al otro día una goleta titulada *Nieken*, igualmente vacío y amarrado en el fondo del puerto de Arnsborg, en la isla de Oesel, declarándole presa de guerra.

A pesar del gran número de buques de que disponían los aliados, no fué tan completo el bloqueo en el Báltico ni en el mar Blanco que no se sustrajeran á la vigilancia de los cruceros anglofranceses muchos buques rusos ó neutrales. El puerto de Areangel abrigaba muchas embarcaciones con cargamentos de centeno y otros artículos, y de ellos pudieron escaparse cuarenta y tres, entre los cuales había un buque americano titulado el *Telégrafo*, con mil setecientas sesenta y cuatro cajas de semilla de lino, anos cincuenta barriles de lino y otros veinte y cinco de estopa; pero no fueron tan afortunados otros veinte y cinco buques, entre ellos el *White-Cloud*, también americano, que se vieron sitiados en noviembre por el hielo y condenados por consiguiente á pasar el invierno en aquel punto. Por lo demás, la conducta que observaron los ingleses en el mar Blanco fué la misma que los distinguió en el Báltico, pues todas sus hazañas consistieron en destruir é incendiar los barcos pescadores, absteniéndose de atacar las plazas fortificadas ó cualquier otro punto que pudiera oponerles alguna resistencia.

En 25 de setiembre dejaron de verse en Arcangel los buques aliados, que en aquella fecha se hallaban apostados en el mar Glacial, á escepcion de dos que permanecian anclados en las aguas de la isla de Morschowez, para vigilar la entrada del mar Blanco. Los ingleses, auxiliados por los dos vapores franceses el *Petrel* y el *Cocito*, atacaron repetidas veces las aldeas de Keret, Ponea, Kem, Schuja, y Suma Zolosskaja abandonándose á todo género de vejaciones contra los habitantes, en especial cuando no podian apoderarse de ningun objeto de valor. Se ha calculado que los marineros ingleses destruyeron en aquellas aguas, durante su segunda campaña, unos treinta ó cuarenta barquichuelos cargados de pesca salada y que constituian desgraciadamente el único recurso de los pescadores y de sus pobres familias.

El capitán Guilbert, jefe de la escuadrilla francesa del mar Blanco, llegó á confesar que al principio se habia propuesto destruir los establecimientos públicos de algunas aldeas, pero que posteriormente desistió de su propósito, porque los habitantes no parecian muy dispuestos á hacer uso de los fusiles que el gobierno ruso les habia suministrado para defenderse. Esta razon, que no puede convencer á ningun hombre de mediana inteligencia, degenera en absurda cuando se le añade la esplicacion siguiente del mismo capitán:

«Habíamos entrado en relaciones con algunos (habitantes) para la compra de ganados y viveres frescos que necesitaban las tripulaciones, y de esta suerte hubiéramos podido proveernos durante el curso del bloqueo; mas el gobierno ruso destruyó tan buenas disposiciones ejerciendo algunos actos de severidad ó amenazando con la muerte ó con un destierro á Siberia á todos los que se comunicaran voluntariamente con nosotros. Además de las medidas de terror, procuraba escitar contra nosotros el fanatismo religioso de aquellos pueblos ignorantes como si fuéramos una nacion bárbara é impia, distribuyendo entre ellos algunas medallas que debian preservarlos infaliblemente del alcance de nuestras armas, y prometiéndoles una indemnizacion completa de las pérdidas que experimentasen, etc.»

Finalmente en 9 de octubre las escuadras aliadas levantaron el bloqueo del mar Blanco, y así lo anunció el *Monitor* en los términos siguientes:

«Notificase por la presente que S. E. el almirante Hamelin, ministro secretario de estado en el departamento de marina y de las colonias, ha recibido del capitán de navío Guilbert, jefe de la escuadrilla de S. M. I. en el mar Blanco, el aviso oficial de que las escuadras aliadas levantaron en 9 de octubre próximo pasado el bloqueo de los puertos y lugares rusos situados en dicho mar Blanco, cuyo establecimiento se habia notificado en la parte oficial del *Monitor* de 16 de julio pasado.—París 21 de noviembre de 1855.»

Lo propio que en el mar Blanco y en el golfo de Finlandia sucedia en el de Botnia; pero no podemos menos de llamar profundamente la atencion de nuestros lectores sobre una circunstancia que acaso caracteriza á los marineros ingleses, á saber, que cuando los habitantes oponian alguna resistencia, los ingleses se retiraban precipitadamente, al paso que en las aldeas indefensas trataban á los pescadores sin compasion alguna incendiando á su vista los mezquinos barquichuelos y muchas provisiones que por ningun concepto podian considerarse como contrabando de guerra. Nada puede objetarse por tanto á las palabras con que concluia su carta un escritor ruso hablando de estos hechos: «Siempre que se han reunido algunos habitantes resueltos, aunque mal armados, para oponerse al desembarco de los ingleses, estos se mostraban sobrecogidos de un miedo inexcusable á la simple detonacion de un fusil, y lejos de hacernos la guerra abandonaban sus armas para correr con mas ligereza hácia sus botes y refugiarse temblando en sus navíos. Confieso francamente que cuando se nos decia que Inglaterra era la reina de los mares y

1855.

que sus escuadras eran invencibles, no esperábamos que diesen tan triste ejemplo de sus costumbres y del carácter de su marina.

Las aguas de Cronstadt ofrecieron constantemente á los rusos una seguridad que formaba el mas visible contraste con el rigor con que quisieron bloquearla los aliados. El gobierno ruso habia prohibido penetrar en la ciudad ó en los fuertes de aquella isla sin un permiso especial del general de Doehn; pero los vapores que suelen dedicarse todos los veranos á hacer viajes de recreo de San Petersburgo á Cronstadt, continuaron navegando con tanta regularidad como en los años anteriores. Estos vapores pasaban entre los fuertes, costeaban la isla, se trasladaban en seguida á las aguas navegables del norte, y se restituian á la capital (1).

Acercábase entretanto la estacion de los hielos, y los aliados empezaron á hacer los preparativos necesarios para restituirse á los puertos de sus respectivas naciones. En 8 de octubre partieron del Báltico para Inglaterra las últimas lanchas cañoneras por orden del almirante Dundas, y los buques restantes fueron verificando sucesivamente su retirada, no obstante la tenacidad con que el almirante Pénaud insistia en prolongar su permanencia en el golfo de Finlandia hasta el último estremo.

Después de haber referido las devastaciones de los ingleses en todos los puertos de las costas de Rusia, inútil es añadir que la isla de Nargen fué victima de un completo saqueo. Los muebles, los utensilios de los pobres habitantes, las redes de los pescadores, los árboles frutales, los ganados, todo fué enteramente robado ó destruido, sin que los jefes intervinieran en manera alguna para contener tan vergonzosos excesos; lo que no podia utilizarse para el consumo era arrojado al mar en medio de la alegría báquica de los marineros, y en el acto de abandonar la isla, los ingleses juraron volver á ella en la primavera siguiente para reproducir las mismas escenas.

En 24 de octubre la division del contra-almirante Michali Seymour, que estaba estacionada á la vista de Seskar, fué á juntarse con la escuadra del almirante Dundas en las aguas de Nargen, de suerte que en aquella fecha todas las fuerzas aliadas se hallaban concentradas en aquella isla, á escepcion de los pocos buques del almirante Bayner, que continuaban en el archipiélago de Alandia para defender la entrada del golfo de Botnia. Los gobiernos aliados deseaban obtener en el Báltico algun puerto de capacidad suficiente para dar abrigo á las escuadras durante el invierno; pero su diplomacia no pudo vencer los obstáculos que opusieron á una concesion semejante las potencias del norte, y en su consecuencia los almirantes determinaron retirarse á la bahía de Kiel hasta que los gabinetes de París y de Londres les comunicaran una resolucion definitiva.

La corbeta francesa titulada *Petrel* y perteneciente al crucero del mar Blanco, zozobró en un banco de arena, cerca de Oroe, con su armamento, cañones y material; pero por fortuna no hubo que lamentar ninguna desgracia personal, pues el *Ajax* pudo recoger á los oficiales y marineros al pasar por el Cáltegat. A principios de noviembre reinaron en los mares del norte unas tempestades horrorosas, que causaron grandes averías á muchos buques, entre ellos al *Arrogante*, que formaba parte de la division del almirante Seymour y que se vió en la necesidad de trasladarse á Elseneur para sustraerse á una ruina completa.

En 3 de noviembre llegaron á la mencionada bahía de Kiel los navíos ingleses *Crecy*, *Edimburgo*, *Hawk*, *Real Jorge*, *Ajax*, *Milo* y *Blenheim*; el dia 11 llegaron al mismo puerto otros tres navíos, á saber, *Exmouth*, *Coloso* y *James Watt*, y así se fueron retirando sucesivamente to-

(1) En dichas aguas navegables habia toda la escuadra rusa, á escepcion de algunos buques surtos en el puerto: en medio de ellos estaban situadas las lanchas cañoneras de hélice, y desde aquel punto se descubrian perfectamente la mayor parte de los buques aliados que formaban el bloqueo de la isla.